

VALLESPÍN, Fernando y MÁRIAM M. BASCUÑÁN. 2017. *Populismos*, Madrid, Alianza Editorial.

El libro *Populismos* es una obra de gran importancia para la reflexión nacional. Destaca por su claridad y precisión analítica sobre los principales temas del populismo. Así, se aborda la discusión en torno al significado del término; si constituye una ideología; se exponen las características de los populismos de izquierda y derecha; las causas de su desarrollo en el siglo XXI; si el populismo es compatible con la democracia, y las principales variedades concretas de populismo que en el mundo existen.

Para los autores, el acto más reciente del populismo en la escena mundial fue el Brexit —la salida mediante referéndum del Reino Unido de la Unión Europea el 23 de junio de 2016—. El segundo acto del populismo en el ámbito internacional fue el triunfo de Donald Trump al ganar la presidencia de Estados Unidos el 8 de noviembre de 2016. El tercer acto de la presencia del populismo en la escena occidental han sido los procesos electorales en distintos países europeos entre 2016 y 2017, en donde los partidos nacionalistas, antieuropeos, y de extrema derecha han arañado la victoria política.

El libro alude a estudios como el de la Fundación Konrad-Adenauer sobre el populismo, en donde 550 expertos de 105 países del mundo consideran al fenómeno como la principal amenaza para la estabilidad de los Estados, por encima de la economía, las migraciones o el terrorismo. Les preocupa fundamentalmente a esos análisis, que el populismo elimine o socave las instituciones de la democracia liberal que tienen que ver con el control del poder y la protección del pluralismo social.

La obra recupera la postura de Michael Walzer, que piensa que la mejor manera de enfrentar a populismos como el de Donald Trump es a través de la resistencia, concepto distinto a la clásica oposición política. La tesis básica del libro es que el populismo es una respuesta a la crisis de la democracia liberal, aunque también al modelo económico neoliberal, al fin o debilitamiento del Estado del bienestar, y es una expresión asociada a la desconfianza hacia las élites políticas y las instituciones tradicionales.

Boletín Mexicano de Derecho Comparado, nueva serie, año LI, núm. 156, septiembre-diciembre de 2019, pp. 1737-1749.

Esta obra está bajo una *Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional*, IIJ-UNAM.

El ensayo sostiene, y cita a Rosanvallon y Zizek, que no basta criticar al populismo, sino que es necesario poseer un proyecto de reinención y reconstrucción de la democracia liberal, así como nuevas reinterpretaciones del mundo. El planeta debe tener cuidado para no transitar de una democracia con múltiples imperfecciones a oligarquías fascistas, confusas y cínicas. Lo importante es contar en el ámbito de la reflexión con teorías estructurales para hacer frente al populismo, y no conformarnos con teorías de la acción.

Los autores señalan que las explicaciones del populismo suelen ser simplistas al presentar la confabulación de las élites en contra del pueblo. El populismo no da cuenta de las dimensiones de la complejidad y de la revolución científica y tecnológica. Tampoco suele proponer medidas para producir una nueva fiscalidad o una nueva concepción presupuestal que distribuya la riqueza. Sin embargo, el populismo tiene razón al indicar que la globalización lo único que logró globalizar fue el capitalismo, no la democracia.

En el primer capítulo se estudia qué es el populismo. Para los autores lo mínimo de la “ideología” populista es que siempre existe una apelación al pueblo y una denuncia a la élite. Se rechaza a la democracia liberal por imperfecta o porque ésta está secuestrada por las élites. Si el populismo es ideología, lo es de manera parasitaria siempre a la cola de ideologías más densas, como el nacionalismo, el socialismo o el fascismo.

Los autores señalan el decálogo caracterizador de cualquier populismo: 1) no es una ideología política, sino una lógica de acción política; 2) los populismos son reactivos a bruscos cambios sociales, como la globalización, las migraciones, la industrialización, etcétera; 3) su estilo político está impregnado de negatividad; 4) se apela al pueblo frente a una élite o a los inmigrantes; 5) el populismo siempre busca un antagonista, polariza socialmente; 6) reniega del pluralismo de la sociedad; 7) el discurso político se carga de emocionalidad; 8) el discurso es simplificador de la realidad; 9) existe una guerra de representaciones o hegemones, y 10) se desmantelan controles y poderes intermedios propios de la democracia liberal para hacer prevalecer la visión del líder.

En el populismo no hay autores clásicos, salvo el caso de algunos, como Laclau, que explica que en el populismo se deben seguir los siguientes pasos: 1) unificar demandas sociales y políticas diversas, 2) re-

significar nociones vacías, como soberanía, democracia plena, independencia, nación, nosotros, élites para saltar diversas fronteras sociales a través de una pluralidad de actores —nociones vacías y flotantes—, lo que entraña una lucha por la hegemonía, y 3) lograr un nuevo bloque histórico que implante una hegemonía que entrañe un orden simbólico que construye un discurso alternativo al de la democracia liberal.

El populismo es maniqueo, pues enfrenta al pueblo con la élite o al pueblo con los otros (los inmigrantes). El populismo de izquierda se opone a las élites; el de derecha, a los diferentes. ¿Quién es el pueblo? El que reconoce el antagonismo y se ubica dentro su ámbito.

Los sistemas parlamentarios, proporcionales y del bienestar son buenos antídotos contra el populismo —sobre todo el que enfrenta al pueblo con la élite—. Cuando el poder está mejor repartido en la sociedad y existen condiciones de bienestar, no existen muchas razones para apelar al pueblo, salvo para enfrentarse a los diferentes, a los inmigrantes, y en consecuencia a la élite gobernante que no defiende adecuadamente la soberanía, la independencia o la identidad étnica.

El populismo implica la construcción de un territorio imaginario, “el nosotros”, y es siempre una visión hacia adentro de la respectiva sociedad —tiene un carácter de insularidad—. El populismo tiene raíces comunitarias frente a las concepciones liberal-individualistas de la democracia representativa, y produce a un intérprete que es capaz de significar los deseos, anhelos e intereses de la comunidad: el líder.

La comunidad en el populismo se cohesiona no sólo a través del odio a las élites o a los inmigrantes, sino que se unifica igualmente mediante la solidaridad de los que la integran o son parte de la comunidad.

Los autores aluden a distintas simplificaciones del populismo: la simplificación sociológica y política consistente en considerar al pueblo y a la élite como algo evidente; la simplificación procedural e institucional que considera que el sistema representativo aliena al pueblo y es corrupto, y la simplificación del vínculo social, que en el populismo sólo se apoya en una variable: la identidad de la comunidad o el pueblo.

Vallespín y Bascuñán aceptan, citando a autores como Wright Mills, Dahl o Acemoglu y J. Robinson, que las élites existen, y ello es inevitable. Sin embargo, los problemas ocurren cuando éstas se sirven de las instituciones para favorecer sus privilegios. Desde la democracia liberal la solución consiste en generar instituciones, reglas y prácticas inclusivas.

En el capítulo segundo, los autores se preguntan por qué el populismo. Las respuestas son diversas: el resentimiento social, la globalización neoliberal, la crisis de la democracia representativa, la ausencia de alternativas, y la pérdida de posiciones de clase.

Sin duda alguna, el populismo tiene un caldo de cultivo en los efectos negativos del neoliberalismo que ha desmantelado el Estado del bienestar y ha implicado el saqueo de recursos colectivos a favor de unos cuantos. Los ciudadanos observan cómo la política depende cada vez más de la economía y de los que deciden su marcha en los centros económicos y financieros transnacionales.

Culturalmente, el neoliberalismo ha producido un individualismo puro y duro, egoísta, y avaricioso. Es consecuencia inevitable que la sociedad quiera tomar revancha para castigar a los trámosos y corruptos que han cooptado a las instituciones en su beneficio.

La globalización y la complejidad han hecho que millones de seres pierdan sentido de vida. Vivimos en una de las épocas con mayor desigualdad en la historia, en donde las clases medias urbanas ven frustradas sus expectativas de ascenso o movilidad social.

El mundo de hoy —la política, la sociedad, la cultura— se encuentra colonizado por la economía capitalista excluyente, extractivista. La realización de un Estado de derecho mundial o la garantía plena de los derechos humanos se contradicen con las asimetrías socioeconómicas crecientes entre los distintos grupos humanos. Ello produce un profundo resentimiento y un gran deseo de venganza —“pasiones nihilistas”— que el populismo ha sabido recoger.

En el mundo desarrollado, el temor y el miedo a los otros o al terrorismo explica el resurgimiento de movimientos xenófobos, nacionalistas y populistas. Es un resentimiento distinto al del tercer mundo, y se dirige contra los diferentes y contra los gobernantes, que no tienen la capacidad de asegurar estabilidad, prosperidad y bienestar en sus vidas. Se crean estados de excepción permanentes, que pretenden brindar una seguridad imposible.

Las democracias representativas imperfectas también contribuyen al nacimiento de los populismos. Los partidos y los parlamentos no resuelven los problemas ni las necesidades que plantean las sociedades, porque las soluciones ya no dependen de centros de decisión nacionales, sino mundiales, y éstos obedecen a lógicas distintas, que casi nunca tienen relación

con el bienestar de las poblaciones, sino con el enriquecimiento de los privilegiados del sistema económico mundial. Existe en el mundo entero un desencanto con la democracia liberal y una desconsolidación de la democracia.

La desilusión democrática también se debe a que la sociedad considera que los partidos se han “cartelizado”, que defienden exclusivamente los intereses de sus oligarquías y que pactan y acuerdan de espaldas a las sociedades, las que entienden que no hay auténtica oposición. La representación de la pluralidad social e ideológica que realizaban los partidos se ha trastocado y se ha transformado en el populismo en una representación identitaria, en donde el líder representa a todo el pueblo. La representación que existe hoy en día se entiende como identificación entre el pueblo y el líder.

Además, casi todos los sistemas representativos han sido cooptados por poderes mediáticos y económicos, nacionales y transnacionales. Las instituciones de la democracia liberal están divorciadas de los individuos y de los grupos sociales. Son instituciones en donde no se debate, son instituciones opacas, administradas por tecnocracias que están por encima de la sociedad y que no asumen sus intereses ni las expectativas de ésta.

El capítulo tercero, titulado “Populismo y política posverdad”, se ocupa de las vías que utiliza el populismo para imponer su visión hegemónica alternativa. Los caminos del populismo son los de los medios tradicionales y el de las redes sociales. Los autores sostienen que en el populismo hay un desprecio a la deliberación racional y a la realidad fáctica. El populismo busca construir su discurso contrahegemónico o alternativo basado en una dictadura mediática.

En el populismo, los medios y los jueces sustituyen a otros actores intermedios, como los partidos, los sindicatos, las asociaciones y al mismo parlamento. Los medios y los jueces se convierten en los vehículos de transmisión de las concepciones del líder, que conectan emocionalmente con el pueblo para distinguir a éste de la élite o de los otros.

La democracia digital es cada vez más importante en los sistemas políticos contemporáneos, y desgraciadamente no construye ciudadanía, no es capaz de profundizar en los temas públicos mediante una deliberación reflexiva. El Internet expresa sentimientos, odios, miedos y resentimientos, y edifica una posverdad en donde los hechos no cuentan sino la percepción social que se tiene de ellos.

El Internet es también un poderoso instrumento para la movilización social en la que descansa la energía política del populismo. Las redes despiertan los sentimientos y las emociones, banalizan las cuestiones fundamentales de la esfera pública. Los hechos objetivos sucumben a las emociones y creencias —la posverdad—.

Las redes sociales han ido elaborando un nuevo totalitarismo, en donde la verdad y la realidad son irrelevantes. Lo que importa son los sentimientos, las emociones. El mundo del populismo debilita la resistencia política y social del pluralismo de la democracia liberal. La democracia consiste en recuperar la verdad y la deliberación en la esfera pública.

En el capítulo cuarto, los autores exponen las variedades de populismos. Por ejemplo, son clasificados como populismos de alta intensidad —rupturas fundacionales que dan paso a la inclusión de lo excluido, pero también a la pretensión hegemónica de representar a la comunidad como un todo— y de baja intensidad, que no logran ese objetivo; populismos de izquierda y de derecha; populismos occidentales y orientales; populismos europeos y latinoamericanos; populismos de primer mundo y del tercer mundo; populismos surgidos de la defensa de la identidad nacional, y populismos que surgen de las desigualdades socioeconómicas, etcétera.

Se estudia en esta parte el populismo en Estados Unidos, desde el siglo XIX hasta Donald Trump. El populismo del último es un populismo antiinmigración, nacionalista, antigobierno, antiimpuestos, proteccionista y supremacista. También se analizan los populismos de izquierda en América del Norte, como el representado en el movimiento Ocuppy Wall Street, que se caracterizó por la desconfianza a los partidos, a los medios tradicionales, a las élites económicas y políticas de los Estados Unidos, y que impulsó formas de democracia participativas, como las asambleas locales para el debate colectivo. De ese movimiento es heredero el socialista Bernie Sanders, que en su campaña presidencial de 2016 rechazó la globalización neoliberal y al *establishment* político.

En Francia también tenemos expresiones recientes de populismo de derechas y de izquierdas. El populismo de derechas, representado por el Frente Nacional de Marine Le Pen, y el de izquierda, expuesto por Mélenchon, que hace descansar su fuerza en la soberanía del pueblo y en el carácter progresista y abierto de su movimiento.

Sobre el caso español destaca el populismo de Podemos, que no es necesariamente un populismo de izquierda, sino que se basa en el des-

contento de la crisis económica de 2008 aunque, según los autores, no necesariamente con los excluidos. Podemos da una gran importancia a la autonomía de la superestructura —lectura postmarxista—, y la transformación que pretenden la respaldan en prácticas contrahegemónicas que quieren integrar otra forma de hegemonía. Podemos, como movimiento populista en España, se ha estancado por su ingreso en el Parlamento, porque el movimiento inicial ha ido adquiriendo cada vez más características de partido, y porque la transversalidad del discurso se ha decantado hacia la izquierda política.

El capítulo cuarto también estudia los populismos reaccionarios de Hungría y de Polonia. Asimismo, analiza los populismos identitarios de Holanda, Dinamarca, Suiza y Austria.

Populismo y democracia es el balance del capítulo final. Los autores consideran que el camino no es el populismo ni la idea que éste tiene de que la democracia liberal le ha robado el poder al pueblo, porque el poder sólo se puede hacer efectivo a través de instituciones y procedimientos. Ellos prefieren corregir la democracia liberal con posturas republicanas que fortalezcan los elementos participativos y deliberativos de la democracia liberal. Asumen la distinción de Rosanvallon de pueblo ideal, pueblo real, pueblo electoral, y pueblo social, para demostrar el carácter utópico de pueblo ideal.

El populismo triunfante poseería las siguientes características: 1) apropiación del Estado; 2) clientelismo; 3) descrédito de la oposición; 4) aplicación de medidas iliberales; 5) su carácter antiparlamentario, antirrepresentativo, que somete además al Poder Judicial al control del Ejecutivo.

Al final del libro proponen para superar el populismo: escindir la política de la economía, fortalecer las características representativas de la democracia, al igual que introducirle a ella componentes republicanos.

Es evidente que la obra es de gran trascendencia para la reflexión política en nuestro país, aunque tengo algunas divergencias con él. ¿Hasta dónde el populismo no es ideología? Considero que tanto el neoliberalismo como el populismo son ideologías en busca de la hegemonía en el mundo contemporáneo.* Podemos decir que un grupo o una clase con-

* Rodrigo Borja (1997 769), en su *Enciclopedia de la política*, dice del populismo: “no es un movimiento ideológico sino una desordenada movilización de masas, sin brújula doctrinal”. En cambio, la voz “populismo”, elaborado por Ludovico Incisa (1988, 1280-1288), en el *Diccionario de política*, coordinado por Norberto Bobbio y Nicola Mateucci, le da al

quista la hegemonía cuando logra que sus intereses económicos y políticos sean vividos por la población —por toda o casi toda— como una voluntad general. Para ello, presenta su propio interés como el interés de todos los miembros de la sociedad; es decir, confiere a su interés ropajes ideales e imprime a sus ideas la forma de lo general y hasta de lo universal (Laclau 2011).

El más importante teórico del populismo contemporáneo, Ernesto Laclau, lo concibe como una ideología, que puede ser de izquierda o de derecha, que enfrenta la hegemonía del mundo globalizado; es decir, al neoliberalismo, para reconceptualizar la autonomía teórica e ideológica de las demandas sociales, la lógica de su articulación y la naturaleza de las entidades colectivas que resultan de ellas (Laclau 2005).

¿Por qué surge con esta fuerza el populismo frente al neoliberalismo? Por los excesos del último, que en su práctica ha empobrecido al 99% de la población mundial frente al 1% de los favorecidos por el sistema. El populismo renace, y es mucho más que la práctica política o el estilo político de gobernar como se estimaba generalmente en el pasado, porque la praxis del neoliberalismo ha dislocado las relaciones entre las clases, ha vulnerado los sistemas jurídicos e institucionales nacionales, ha reducido casi a la nada conceptos como la soberanía, y ha mostrado que las tradicionales instituciones representativas están al servicio del 1% de la élite mundial y nacional, y que se ponen en contra del resto, del 99% de la población.

El populismo no debe ser visto sólo como una respuesta a la crisis de la representación política. Un teórico sudamericano lo explica así:

La crisis de la representación política es una condición necesaria pero no una condición suficiente del populismo. Para completar el cuadro de la situación es preciso introducir otro factor: una crisis en las alturas a través de la que emerge y gana protagonismo un liderazgo que se postula eficazmente como un liderazgo alternativo y ajeno a la clase política existente. Es él quien, en definitiva explota las virtualidades de la crisis de representación y lo hace articulando las demandas insatisfechas, el resentimiento político, los senti-

populismo el carácter de ideología. Es en los análisis recientes en donde quedan expuestas las diversas tipologías de populismos y su consideración como ideología. Véase Laclau, Ernesto (2005); Zizek, Slavoj (2006); Agamben, Giorgio (2012); Esposito, Roberto (2012); Fernández Liria, Carlos (2016), y Müller, John (2014).

mientos de marginación, con un discurso que los unifica y el reordenamiento del espacio político con la introducción de una escisión extraíntitucional (Torre 2011).

Como ideología, podemos decir que el populismo de izquierda presenta las siguientes características: 1) reivindica el rol del Estado; 2) se propone defender la generalidad de los intereses de la población frente a las oligarquías nacionales e internacionales; 3) plantea como vías para lograrlo el estatismo, la intervención del gobierno en la economía y la ampliación de los derechos a la seguridad social. Entre los fines de este populismo están la obtención de la justicia social y el Estado del bienestar.

Lo anterior obliga a distinguir la ideología del neoliberalismo y la del populismo (principalmente el de izquierda). Entender al neoliberalismo como ideología implica asumir que sus piezas y elementos básicos constituyen el discurso dominante de nuestro tiempo, que las élites económicas y políticas consideran como dogma verdadero. La ideología neoliberal sostiene una imagen idealizada del libre mercado, y estima que los individuos son seres descontextualizados y egoístas que sólo persiguen su interés y satisfacción mediante el consumo. El neoliberalismo como ideología recela de la intervención económica del Estado en la economía, a menos que sea para favorecer al gran capital especulativo, condena a las empresas públicas, rechaza el rol del sindicalismo reivindicativo, descarta las negociaciones colectivas obrero-patronales, y desconfía de las normas medioambientales y fiscales que entorpecen el funcionamiento del libre mercado. Cualquier esquema institucional y jurídico que entrañe sustituir o limitar el desempeño individual es reputado como una afectación a la libertad y el progreso (Cárdenas 2016).

En cambio, el populismo de izquierda pretende asumir las luchas y reivindicaciones de los menos favorecidos por el sistema económico dominante, rechaza que el libre mercado pueda ser elevado a la categoría de dogma, y confía no sólo en la mayor presencia del Estado en la economía, sino en formas de organización económicas solidarias de producción como las cooperativas. Para el populismo, los valores a perseguir por los individuos no se apoyan en la ambición y la avaricia personales, sino en la solidaridad, en la cooperación y en la fraternidad. Por tanto, el populismo de izquierda recupera el papel social y económico de los sindicatos y empata sus propuestas con los derechos de los pueblos ori-

ginarios, de los defensores del medio ambiente, de los consumidores, y de todos aquellos que plantean reclamos frente a los poderes económicos nacionales y transnacionales. El populismo de izquierda entiende que el libre mercado es solamente una franja de la economía que tiene que ser completada con la economía a cargo de las empresas del Estado y por medio de la rectoría económica estatal. En materia de democracia, se rechaza la simple democracia representativa electoral y se busca armonizar a ésta con la democracia participativa, deliberativa y comunitaria —la de los pueblos originarios—. El populismo de nuestro tiempo se enfrenta a la globalización económica neoliberal representada en el poder de las transnacionales y de las potencias geopolíticas mediante la organización social y política de los colectivos de las sociedades nacionales. De ahí que se recurra a diversas figuras jurídicas y extrajurídicas de lucha. El referéndum es en este contexto un instrumento de oposición al neoliberalismo, que se emplea para la aprobación de reformas constitucionales o legales, a fin de que las élites nacionales no tengan la última palabra, sino que sea el pueblo y sus colectivos los que defiendan su soberanía y sus derechos sociales. Económicamente, es proteccionista frente a la defensa del libre comercio mundial que promueve el neoliberalismo, y políticamente es cuestionable porque otorga a un dirigente que articula las diversas y múltiples demandas sociales, económicas y políticas, grandes poderes políticos o, según sea el caso, constitucionales, para lograr sus objetivos.

Los teóricos del neoliberalismo no suelen exponer las contradicciones del modelo neoliberal globalizador ni ver en él la principal causa de los populismos. Entre las paradojas del neoliberalismo se deben destacar las siguientes: 1) la competencia económica acaba muchas veces en monopolios y oligopolios, pues las empresas más fuertes expulsan a las más débiles del mercado; 2) la teoría económica neoliberal es incapaz de explicar la existencia de los “monopolios naturales”, como los que existen en el ámbito energético, principalmente en la electricidad; 3) el modelo neoliberal se desentiende de los fallos del mercado, es decir, de las “externalidades” (quién paga la contaminación o la afectación al medio ambiente o a la salud que propicia la actividad económica de las empresas); 4) el modelo neoliberal desconoce las condiciones asimétricas de los diversos agentes que actúan en el mercado nacional y mundial, dado que, por ejemplo, no todos poseen el mismo nivel de información o las mismas capacidades tecnológicas; 5) el modelo neoliberal no se hace cargo que la existencia de

determinados derechos de propiedad que como la propiedad intelectual propician la búsqueda de rentas y no la competencia económica; 6) el modelo neoliberal omite describir que en muchas ocasiones el desarrollo científico y tecnológico están desconectados del mercado y las innovaciones que se producen suelen no tener demanda; 7) el modelo neoliberal no da cuenta de las consecuencias especulativas que propicia la gran acumulación del capital financiero; 8) el modelo neoliberal tampoco atiende los elementos disolventes del propio modelo, es decir, quién se hace cargo de los menos aventajados de las sociedades y de los países; 9) el modelo neoliberal elude los elementos autoritarios que prohíja, tales como la democracia electoral elitista o de expertos que promueve, lo que motiva amplios descontentos sociales por la ausencia de canales de participación efectivos, y 10) el modelo neoliberal no afronta la ilegitimidad y opacidad que sostiene a los organismos financieros internacionales y a las corporaciones transnacionales que crean y aplican el *soft law* y la *lex mercatoria* (Harvey 2013).

En síntesis, el modelo neoliberal globalizador mercantiliza todos los derechos humanos y los bienes comunes en beneficio de las grandes corporaciones transnacionales, y en ese sentido es peor que los populismos. El modelo neoliberal globalizador se mantiene autoritariamente con enormes déficits de legitimidad democrática y de transparencia (Benz 2010), en tanto que no se promueve la participación y la deliberación pública de los asuntos colectivos. El modelo neoliberal globalizador no respeta el medio ambiente ni las culturas ancestrales, pues expolia y saquea intensiva y extensivamente los recursos naturales del planeta en beneficio de unos cuantos. Y el modelo neoliberal globalizador es el principal promotor de la pobreza y la desigualdad mundial; es un modelo diseñado desde los intereses de las clases dominantes y, por tanto, alienta los populismos, los Estados racistas, clasistas y profundamente injustos, que favorecen la represión policial de los débiles, la construcción de relaciones interpersonales basadas en el miedo, en el estereotipo, en la distancia física y en la sospecha (Santos 2010).

En cuanto a México, creo que aún no tenemos un populismo triunfante y consolidado. Los rasgos de Morena y de su líder no son enteramente populistas. Andrés Manuel López Obrador no aspira a representar a toda la sociedad mexicana; sabe que cuando gobierne habrá oposición parlamentaria y contrapesos de los otros poderes, que ha llegado al poder

debido al hartazgo social propiciado por la corrupción y la desigualdad generada en los gobiernos neoliberales previos, no ha usado el clientelismo para acceder al poder, y no planea ejercer el poder de manera omnímoda. Sin embargo, los próximos años confirmarán o desmentirán mis opiniones.

En todo caso, los elementos populistas que existen en Morena y en algunos sectores de la población son derivados de la gran corrupción nacional y de la desigualdad propiciada por el modelo neoliberal. Éste ha prohijado una nación cada vez más injusta y dividida (Cárdenas 2016; Cárdenas 2017).

Jaime CÁRDENAS GRACIA**

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGAMBEN, Giorgio.1999. *Homo sacer I. El poder soberano y la muda vida*, Valencia, Pre-Textos.
- BENZ, Arthur. 2010. *El Estado moderno. Fundamentos de su análisis politológico*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- BORJA, Rodrigo. 1997. *Enciclopedia de la Política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- CÁRDENAS GRACIA, Jaime. 2016. *El modelo jurídico del neoliberalismo*, México, Editorial Flores-UNAM.
- CÁRDENAS GRACIA, Jaime. 2017. *Del Estado absoluto al Estado neoliberal*. México, UNAM.
- ESPOSITO, Roberto.2012. *Diez pensamientos acerca de la política*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- FERNÁNDEZ, Liria, Carlos. 2016. *En defensa del populismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- HARVEY, David. 2013. *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal.
- INCISA, Ludovico. 1988. “Populismo”, en BOBBIO, Norberto y MATEUCCI, Nicola (eds.), *Diccionario de política*, México, Siglo XXI.

** ORCID: 0000-001-7566-2429. Investigador en el Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM. Correo electrónico: jaicardenas@aol.com

- LACLAU, Ernesto. 2005. *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal. 2011. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- MÜLLER, John (coord.) 2014. *#Podemos: Deconstruyendo a Pablo Iglesias*, Barcelona, Centro Libros PAPF, S. L. U.
- SANTOS, Boaventura de Sousa. 2010. *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*, México, Siglo XXI Editores.
- TORRE, Juan Carlos. 2011. *La audacia y el cálculo*, Buenos Aires, Sudamericana.
- ZIZEK, Slavoj. 2006. “Against the Populist Temptation”, *Critical Inquiry* año 32.